



CRÓNICAS NATURALES

Paisajes del alma para caldear el invierno

*Por Antonio Pérez Henares
Fotos: Roberto Anguita. Naturmedia.*

Hay días de nieblas y de fríos, que nos cercan los ojos y nos congelan la sonrisa en los recuerdos. Puede haberlos incluso en el verano, porque son cosas del interior, aunque el hombre es animal de superficie y suelen dársele más en los tiempos invernales como muy bien descubrió el gran poeta Ángel González que en su "inventario de lugares propicios para hacer el amor" le puso los puntos sobre las íes a la primavera que "está muy prestigiada pero es mejor el verano", salvó en parte al otoño "aún ofrece algún resquicio" pero condeno al invierno "ese tiempo hostil, propicio al odio".

Pero ya digo son cosas del alma y cada cual tiene en ella sus propios paisajes. Yo hoy lo que les propongo, es un juego de recuerdos. Y pienso, al contrario que González, que no hay nada mejor para congregarlos que el fuego en el invierno. Son entonces más rojas las ascuas, más azul la llama, más intensa su caricia cuando asciende hasta nuestra mejilla y logra extraernos acuosos y salvajes brillos en los ojos. Mi consejo es que en esos días de desamor invernal o incluso a su cobijo, vayamos arrojando a la lumbre los más hermosos y placenteros de nuestros recuerdos, de nuestros paisajes del



alma. Les aseguro que irán subiendo en oleadas que irán sugiriéndose unas a otras hasta hacernos viajar en tiempo y lugares y a la postre lograrán caldearnos el corazón.

Fruto de ese experimento son las líneas que ahora van a leer, deslavazadas tal vez y apenas prendidas por un humo de lejanías. Al ir anotándolas caí de inmediato en la cuenta que en la memoria lo primero que se fijaba era la propia naturaleza, un paisaje en movimiento, un lugar que por una razón u otra me había estremecido y me había traído algún respunte de felicidad. En los míos, recurrentemente, siempre había un río, el Henares tantas veces, una serpiente de chopos guardándole su recorrido, no faltaban jamás los pájaros ni las aves, ni alientos de trigales, alomado mar de mieses en final de primavera, intenso olor a paja en los atardeceres

de agosto y un fondo de nieve en las sierras tras las desnudas rastrojeras en reposo de los eneros.

Hay un pasar de últimas torcaces sobre los álamos de puntas desoladas en la Angostura; hay un descolgarse de grajos sobre las sementeras y su clamoreo en el crepúsculo enterrando al día; hay también un camino al tardecer, entre dos luces, cálido aun, con un hombre poniéndole un silbido que más que traspasar el paisaje queda prendido en él, mientras el caminante se aleja hacia la noche; hay siempre gorriones, los hay en el olmo ante la casa infantil donde mi abuelo me contó todos los cuentos, los hay en un revuelo perpetuo y nervioso disputándose quien sabe qué migaja o que gorriona y los hay entre el cemento, el humo, los coches y millones de zapatos apresurados a los que desafían tan sólo con su minúscula y rebelde

existencia. Hay arroyos invernales y estrellas de escarcha y astros en la noche, innumerables y lejanos, prendidos en un firmamento inabarcable destilando el hielo por cada una de sus puntas y parpadeos luminosos. Todos ellos anidan en mí, como otros no muy diferentes en el fondo tienen su nido en sus cabezas. Simplemente esperan a ser convocados.

Así que llámenlos y luego escúchenlos por encima de la tarde fría y más allá del tumultuoso latir de la ciudad. Y ellos les darán de beber el cristal de sus arroyos, les cruzarán la frente de caminos, les darán a sus dedos el tacto de las mañanas y a sus labios la suavidad del vuelo de las aves y hasta les atraparán estrellas en redes de cabellos. Y al final tal vez les resulte que no tenga razón Ángel González y que no sea el invierno un "tiempo hostil, propicio al odio". 